



ESTADOS UNIDOS – JAPÓN: EL DILEMA MILITANTE DE UN ANTIGUO IMPERIO

United States - Japan: the militant dilemma of an ancient empire

doi: 10.17230/map.v6.i10.05

>>> **Daniela Vásquez Jaramillo**
dvasqu18@eafit.edu.co
Universidad EAFIT

Resumen

Las relaciones entre Estados Unidos y Japón han sido estrechas desde finales de la Segunda Guerra Mundial. Ambas naciones firmaron un Tratado de Mutua Cooperación y Seguridad que le garantizó a Japón la defensa de su nación sin recurrir a un armamento nacional para así evitar los comportamientos bélicos presentados anteriormente por el imperio asiático. Hoy en día el tratado sigue en marcha, y aunque la cooperación entre éstos se pone en duda, parece que sigue firme y con el apoyo de los países asiáticos que temen el control chino en la zona. El apoyo japonés a Estados Unidos en las tensiones de la península coreana demuestra la validez del trato hoy en día, y las iniciativas gubernamentales japonesas para el empoderamiento de la isla pueden interpretarse como una evolución a esta cooperación.

El objetivo de este artículo es analizar las dinámicas que ha tenido Japón desde su derrota en la Segunda Guerra Mundial, seguido por el impacto que la misma les ha traído a las políticas militantes de este antiguo imperio, sus proyecciones actuales con otras naciones de la región, y el debate sobre la relación de protección mutua con Estados Unidos.

Palabras claves

Japón, Estados Unidos, seguridad nacional, Tratado de San Francisco, relaciones bilaterales, apoyo militar.

Abstract

The relation between the United States and Japan has been close since the end of the Second World War. Both nations signed a Treaty of Mutual Cooperation and Security, which guaranteed the Japanese defense of their nation without incurring in national armament as mechanism to avoid bellicose behavior previously presented by the Asian Empire. Today the treaty is still going, and although cooperation among these is challenged, it seems that it remains firm and with the support of Asian countries who fear Chinese control in the area. Japanese support for United States in the Korean peninsula's tensions demonstrates the validity of the treaty today, and the Japanese government initiatives to empower the island can be interpreted as an evolution of this cooperation.

The aim of this paper is to analyze the dynamics in Japan since its defeat in the Second World War, followed by the impact of the militant policies of this ancient empire; its current projections with other Nations in the region, and the debate over the relation of mutual protection with the United States.

Keywords

Japan, United States, national security, Treaty of San Francisco, bilateral relations, military support.

Introducción

Las relaciones entre naciones potencias siempre son importantes al analizar el panorama mundial, las tensiones o alianzas entre las mismas determinan las interacciones internacionales e influyen en los procesos globales tanto económicos, como sociales, políticos y estratégicos. La naturaleza humana y su sociedad vienen determinadas por el cambio, las cuales en muchas ocasiones son pautadas por el conflicto mismo. La guerra es constante en la historia, y las naciones surgen, mueren o se deforman en el mismo. En el caso concreto de Japón, son estas interacciones las que han convertido



a la isla en una potencia con una larga trayectoria. Quizás, esa cualidad de potencia pueda ser cuestionada durante varios periodos en la historia, sin embargo, no se puede negar que Japón siempre ha sido un actor importante en las interacciones globales y aún más en los periodos de guerra.

Es precisamente durante la Segunda Guerra Mundial donde surge el matrimonio entre Estados Unidos – Japón; éste último se rinde al verse derrotado y es tarea de la potencia mayor de occidente redireccionarlo en el camino que consideraba necesario: lejos de las armas y el comunismo que acechaba en el oriente. Aún 70 años después el matrimonio sigue firme, los gobiernos de Japón y Estados Unidos se imponen y generan nuevas expectativas frente a su relación. La era Trump presenta nuevos desafíos, y sobre todo incertidumbre; igualmente parece que el país asiático tiene indicios de autonomía ¿pero son estos suficientes para amenazar esta alianza? Hay señales que demuestran que más allá de una ruptura es una evolución del mismo según las capacidades de sus países.

El objetivo de este ensayo es analizar las dinámicas que ha tenido Japón desde su derrota en la Segunda Guerra Mundial, seguido por el impacto que la misma les ha traído a las políticas militantes de este antiguo imperio; sus proyecciones actuales con otras naciones de la región, y el debate sobre la relación de protección mutua presentada con Estados Unidos, revisando su perspectiva actual. Finalmente, se contemplan más allá de los problemas tratados las alternativas finales que Japón tiene para cumplir con su deber nacional de garantizar seguridad, sin amenazar el balance de sus responsabilidades.

Políticas pacifistas: la esperanza de los caídos

El fin de la Segunda Guerra Mundial significó un cambio radical en el nuevo orden global, donde las potencias europeas se veían destruidas con el fin del conflicto; y países como Alemania y Japón empezaban a reconocer las implicaciones que conllevaban sus derrotas. Este sentimiento de derrota es

bien conocido por todos, cuando los sentimientos se ven heridos por ideales no cumplidos y cuando las iniciativas del vencedor, aquel que en su momento posee mayor poderío obligan a adoptar actitudes ajenas.

Con los ataques de Hiroshima y Nagasaki, además del arribo de las tropas de los aliados en 1945, comienza para Japón esa despedida al imperio invasivo y militarizado que se percibió a finales del siglo XIX y principios del XX, donde la rendición era la mejor de las alternativas. De hecho, según el historiador británico Henshall (2012), desde ese primer momento el General MacArthur tenía claro que de lado quedaban los odios y rencores de guerra, pasando en su lugar a una búsqueda de la paz, la cual recibió la cooperación mayoritaria por parte de los japoneses.

Sin embargo, Henshall (2012) también reconoce que más allá de una preocupación por la comida y el albergue, existía un estado general de ansiedad y confusión. Esas doctrinas radicadas en la fe a la superioridad e invisibilidad divina japonesa estaban en tela de juicio, al igual que la credibilidad a los líderes políticos y especialmente militares; muchos japoneses sentían rabia, desilusión y en cierto sentido, una traición por parte de éstos.

Es quizás aquí donde empieza a surgir MacArthur como un envió divino y superior, una deidad americana que garantizaba la superación japonesa por mejores medios. La influencia norteamericana se sentía con mayor potencia que cualquiera de los otros aliados, y Japón comienza a implantar en su seno el comportamiento pacifista como justificación a sus políticas exteriores. ¡Qué ironía pensar que ésta había sido solo años antes la potencia militar invasora que muchas naciones -incluso las poderosas- temían!

Para MacArthur recaía la responsabilidad de reconstruir la nación y con ello modernizarla, era necesario el establecimiento de un gobierno representativo, la abolición de la guerra, la destrucción del poder militar, modernizar la constitución y estimular la liberación económica. Al final, MacArthur reconocía que para recuperar la dignidad y la moral japonesa no se buscaba la renuncia a sus raíces, sino una mezcla saludable entre lo mejor de ellos y lo mejor de los japoneses.

Por medio del programa de Washington, la desmilitarización pasó como el objetivo clave, donde desmovilizaron el ejército y la marina en tan solo unos meses, algunos de los barcos japoneses fueron dados a los Aliados, mientras otros equipos y armas de guerra fueron destruidos, incluyendo aceleradores nucleares de partículas. Pero lo más significativo de todo el proceso fue la inserción de una nueva constitución, redactada a principios de 1946, la cual tiene la famosa clausula japonesa de "No Guerra". El artículo IX de la misma dice:

Aspirando sinceramente a una paz internacional basada en la justicia y el orden, el pueblo japonés renuncia para siempre a la guerra como derecho soberano de la nación y a la amenaza o al uso de la fuerza como medio de solución en disputas internacionales.

Con el objeto de llevar a cabo el deseo expresado en el párrafo precedente, no se mantendrán en lo sucesivo fuerzas de tierra, mar o aire como tampoco otro potencial bélico. El derecho de beligerancia del estado no será reconocido.

Sería este entonces el instrumento más potente para la desmilitarización japonesa, que justificaría el pacifismo presente en la nación durante décadas y que, de cierta manera, autorizaba la influencia estadounidense en la misma. Hirohito conservó su posición como emperador, pero para alienar su cargo a los nuevos parámetros de la sociedad japonesa, debió renunciar al carácter de dios que poseía y permitir la secularización completa en el gobierno.

En septiembre de 1951 Japón firma el Tratado de San Francisco, por el cual se compromete a la paz y a la compensación de aquellos a quienes afectó



en tiempo de guerra (Hara, 2001). Posteriormente, el 19 de enero de 1960 el Primer Ministro de Japón, Nobusuke Kishi y el Secretario General de Estados Unidos, Christian Herter, firman un tratado histórico que compromete a Estados Unidos a defender a Japón bajo un ataque, y a proveer bases y puertos americanos en su territorio, el Tratado de Mutua Cooperación y Seguridad entre Estados Unidos y Japón. Según Packard (2010), esta sería la alianza más larga creada entre potencias desde la Paz de Westfalia en 1648 y un gran trato para todas las partes.

Japón podría recuperar por este medio su independencia, ganar seguridad de la nación más poderosa de la región a un bajo costo, y acceder al mercado estadounidense; todo esto sin la necesidad de construir una fuerza militar grande, dedicándose completamente a su recuperación económica. Por otro lado, Estados Unidos podría proyectarse como poder en la zona occidental pacífica, teniendo presencia de tropas y bases en Japón, haciendo efectivos sus tratados de defensa a Corea del Sur y Taiwán, además de cumplir con sus políticas de contención en la Guerra Fría que buscaban frenar el expansionismo del comunismo soviético y chino.

Sin embargo, según el mismo Packard, la nueva constitución y este tratado se convirtieron en un arma de doble filo para ambas naciones. Japón presentaba una relación asimétrica con Estados Unidos, reconociendo al segundo como el país más poderoso, una de las dos potencias mundiales de la Guerra Fría y, por tanto, lo suficientemente vigoroso para imponer sus intereses ante el gobierno japonés. Desde otra perspectiva, estos dos instrumentos daban justificaciones suficientes para que ese Tratado de Mutua Cooperación y Seguridad se convirtiera en un compromiso de acción meramente estadounidense, porque la constitución misma impedía la respuesta y ayuda militar por parte de Japón. Parecía entonces que desde el mismo surgimiento de la alianza hubiese una inestabilidad entre las partes que les impidiera prosperar bajo su máximo potencial.

Japón: un dilema de lealtades

La alianza Japón – Estados Unidos se mantuvo durante la Guerra Fría, y el debate sobre la oportuna existencia del Tratado de Cooperación no cesó. El país se dividió entonces en esa esfera que apoyaba la nueva sociedad pacífica, enfocada en los objetivos netos de desarrollo y crecimiento económico, y la otra, donde las influencias más conservadoras, como aquellas del Partido Democrático Liberal (LDP, por sus siglas en inglés), exigían la revisión de la constitución y argumentaban qué armamento ayudaba e impulsaba ese crecimiento y desarrollo económico, además que la relación tan dependiente a Estados Unidos no podía ser tan exitosa.

Sin embargo, tal como lo plantea Miller (2011), pareciera como si ambos países hubieran aceptado que la relación era realmente benéfica, agregando también los grandes volúmenes de ayuda y entrenamiento recibidos por el ejército japonés, jugando un rol constitutivo en el desarrollo militar japonés y vinculando directamente a la nación en los objetivos de la Guerra Fría que en su momento tenía Estados Unidos.

El temor por repetir los errores cometidos en el pasado era real, y quizás de ahí surge la incertidumbre de la población, donde un tratado como el que presentaban estos dos países podría ir directamente en contra de lo propuesto en la constitución. Un conflicto a nombre de Estados Unidos no era motivador suficiente para comprometerse en una guerra, y terminar tan mal, o peor que como lo hicieron al final de la Segunda Guerra Mundial.

Esta dicotomía entre población y gobierno logró el cuestionamiento mismo de la democratización impartida en Japón. ¿A quién se estaba beneficiando?

De pronto el gobierno estaba más sesgado por la búsqueda favorecedora ante Estados Unidos que a las mismas preocupaciones de la sociedad. Para resolver el problema de la espada de doble filo, se buscó en esas primeras décadas encontrar cualquier *loophole* que le permitiera a Estados Unidos justificar el rearmamento de Japón, pero esto fue todavía más difícil. La oposición creía fielmente que esto alimentaría la opresión occidental, y que el gobierno no valoraba realmente la “paz nacional”, lo que terminó en que cualquier esfuerzo sustancioso de este tipo haya fracasado (Miller, 2011).

Packard argumenta que el hecho de que Japón sólo tuviera que invertir menos del 1% de su PIB como presupuesto para defensa favoreció el exitoso acceso al mercado estadounidense, que, además luego le serviría como solvente de disputas marítimas. Esto le dio la oportunidad de nutrir las raíces frágiles de la democracia parlamentaria, convirtiéndolas en un sistema robusto y duradero. ¿Debería entonces agradecerse a este Tratado de Cooperación por la prosperidad tanto en la economía como en la política japonesa?

Se duda que el debate sobre la viabilidad del tratado cese, y mientras el mismo exista, Japón y Estados Unidos se verán cuestionados por la pertinencia del mismo, sin embargo, es para ambos un cuestionamiento aún vigente, especialmente para Japón, ¿es necesario depender del mismo para la defensa? ¿O ya se logró el desarrollo suficiente como para preocuparse en un desarrollo militar independiente?

Perfilándose en Asia como actor clave

No se pone en duda que el perfil japonés después de la Segunda Guerra Mundial pasó a ser el de una marioneta. A la nación no le quedaba más que hacer lo que los ganadores le imponían, razón por la cual se alejó como actor autónomo en las decisiones asiáticas, al menos en el ámbito de la seguridad internacional. Sin embargo, según observan algunos autores como Brendan Taylor y Evelyn Goh, Japón está resurgiendo como participante, y ha identificado que la alianza con esta zona puede ser beneficiosa para una futura emancipación.

Taylor (2011) hace una descripción de Japón como la ficha americana en el continente oriental y, de hecho, llega hasta nombrarla como “La Gran Bretaña de Asia”. La autora hace entender que la relación con Estados Unidos aún es muy fuerte, y que por tanto la interacción con la zona seguirá siendo bajo el patronato americano. Sin embargo, ella no pasa por desapercibido que hay un crecimiento y desarrollo japonés significativo, y de hecho cita a Daniel Twining, quien dice que el crecimiento tan cómodo presentado por Japón como Gran Potencia le permitirá mantenerse como actor indispensable de la estrategia americana en Asia. Ella argumenta que podrá enviar fuerzas militares a aguas internacionales y con esto aumentar las capacidades para combatir, garantizando la construcción activa por parte de Washington como el poder en esta nueva Asia, especialmente en el Orden Global de Seguridad presentado por el surgimiento de China.

Por otro lado, Evelyn Goh (2011), argumenta que Asia Oriental ha identificado dos objetivos comunes, evitar la dominación por parte de China y mantener la influencia estadounidense en la región. Para ello buscan la implementación de una estrategia con tres frentes: (1) mantener la preponderancia de Estados Unidos facilitando la continua presencia militar en Asia Oriental y su dominación global; (2) socializar e integrar pacíficamente a China en el Orden de Seguridad de Asia Oriental como uno de los Grandes Poderes de la región; y (3) cultivar el regionalismo como base de una comunidad putativa de seguridad que pueda asegurar la paz en el largo plazo.

Analizando estos frentes, Goh argumenta que sólo por medio de Japón es posible cumplirlo. En principio porque su acuerdo de asistencia y cooperación mutua

crean el vínculo directo con Estados Unidos y su permanencia en la zona; segundo, porque históricamente ha sido la potencia regional que ha abstenido los excesos potenciales de crecimiento del poder chino, mientras se compromete a socializar con él; y finalmente, su participación política y económica es crítica para el éxito de una integración regional.

Aunque ambos autores toman en cuenta la región asiática, es claro que una separación completa de Estados Unidos no es una opción. Pareciera que el matrimonio americano japonés va para largo según sus percepciones, ya que Estados Unidos no está dispuesto a renunciar a Japón, debido a que es su ficha clave en la zona; mientras que Japón muestra indicios de desarrollo militar, pero sin iniciativas de emancipación y fin del tratado de cooperación mutua.



Perspectivas de una relación... ¿duradera y estable?

Como se mencionó anteriormente, el debate de la viabilidad de cooperación entre Estados Unidos y Japón es de nunca acabar, pero dentro de éste surge la duda de cuándo podría apreciarse un fin. Al respecto, Berger (1993) no considera viable una militarización total japonesa en un corto o mediano plazo que le facilite su autonomía, y puede que los 23 años desde la redacción de este ensayo pareciese tiempo suficiente para cambiar el comportamiento japonés, pero no lo es si se consideran las justificaciones de Berger. Más allá de una justificación bélica por medio de intereses geopolíticos, económicos o estratégicos, se plantea que los japoneses vivieron de primera mano las atrocidades de la guerra y por ello reconocen el poderío que la tecnología actual posee. De este modo, la misma cultura japonesa que empezó a ser influenciada por la implantación de esa nueva constitución, y por las experiencias vividas en la Segunda Guerra Mundial, hacen de ésta una cultura anti militar. El pacifismo resultó como mecanismo de superación hace más de 60 años, y mientras el panorama no cambie de manera radical, los japoneses no conciben volver a caer víctimas de tal tipo de tragedias.

Esta relación obviamente acarrea para Japón ciertos dilemas entre el abandono y el atrapamiento, tal como lo asegura Evelyn Goh. Los líderes japoneses tienen que caminar una delgada línea, dando suficientes razones para

contribuir y prolongar la alianza, lo cual no es sencillo, pues deben evadir y al mismo tiempo ser vinculados con estrategias norteamericanas más amplias que puedan tener efectos adversos en la seguridad japonesa por su desproporción. Goh plantea que, en el ámbito regional, Tokio tiene que apoyar la disuasión estadounidense contra el aventurerismo chino sin comprometerse a participar en un posible conflicto entre los Estados Unidos y China en el estrecho de Taiwán; y finalmente, ella argumenta que, a nivel global, tiene que equilibrar el apoyo contraterrorismo de Washington con la desviación de estos recursos a amenazas de seguridad de Asia oriental.

Ser el aliado estratégico en la zona para Estados Unidos sin duda tiene sus beneficios, pero es una balanza de costo beneficio que obliga a estudiar claramente que tan balanceado realmente es. Sin embargo, la situación parece estable porque, aunque las tensiones internacionales son susceptibles al cambio y muchas veces volátiles, la relación entre estas dos naciones tiene un compromiso mayor a cualquier percance momentáneo que pudiese surgir. En el primer semestre del 2017 las tensiones en la zona han sido altas, y los enfrentamientos verbales y diplomáticos entre Estados Unidos y Corea del Norte validan la alianza con Japón. Justamente en la última semana de abril Japón despachó su mayor buque de guerra para proteger un buque de suministro de estados Unidos, lo que sería la primera operación de este tipo debido a la aprobación de leyes militares a favor de este tipo de acciones por parte de Japón (BBC News). Así como lo validan medios locales como *The Japan Times*, Japón ha estado estirando los límites de su constitución pacifista en los últimos años, particularmente bajo el Primer Ministro Shinzo Abe. Acciones como las del buque permiten la proyección de Japón como una potencia militar mucho más allá de su territorio.

No hay que ignorar que Japón es consciente de las limitaciones que posee, y justamente está buscando medios para superarlas, pero un reconocimiento de la necesidad mínima de armamento no implica un distanciamiento de la alianza con Estados Unidos, y los hechos lo comprueban.

La beligerancia de Corea del Norte ha motivado a impulsar una revisión de las limitaciones japonesas y, de hecho, el Primer Ministro Shinzo Abe anunció sus planes de buscar los primeros cambios en la constitución pacifista, para la cual pretende que las revisiones tengan efecto para 2020, y entre las cuales se debe reconocer el derecho japonés a la autodefensa (Channel News Asia, 2017). Considerando este último, si bien la Constitución nunca ha sido enmendada, los gobiernos de posguerra la han interpretado de una manera que ha alojado algunas de sus limitaciones, como el reconocimiento de la autodefensa como un medio para asegurar el derecho de Japón a defenderse. ¿Es entonces realmente efectiva una constitución que permite ser interpretada según convenga? Según Smith (2016), los intentos por reformas han surgido desde su misma creación, dejando claro que nunca ha sido muy efectiva su aceptación.

Buscando otras alternativas: la seguridad humana

Finalmente, teniendo presente las limitaciones presentadas a Japón para su defensa, y la poca autonomía de la misma, era de esperarse que la nación se viera obligada a depender de otros, interpretar sus propios medios y, finalmente, asumir nuevos retos. Llevando a cabo las dos últimas, se llega a la tercera por medio del interés a la seguridad humana. Para explicarlo mejor, García (2007) expone el término en su ensayo "Seguridad humana y política exterior japonesa: contexto, concepto y aplicación" de la siguiente manera:

La idea de la seguridad humana parte de la necesidad de redefinir la seguridad, complementando la idea de seguridad nacional, concebida en términos estata-

les, con la de una seguridad centrada en las necesidades básicas de las personas, para hacer frente a los retos planteados o subrayados por el fin de la Guerra Fría y la expansión del proceso de globalización (p. 79-80).

García da una luz a la alternativa encontrada por Japón, donde se responden a las obligaciones nacidas de demandas internas de una política exterior reactiva sin provocar choques o reacciones indeseadas de la opinión pública y los países de Asia Oriental que se puedan sentir amenazados.

Estas políticas son unos ceses paulatinos e inofensivos que autorizan a Japón a hacer cambios como la Ley de Cooperación por la Paz Internacional que les permite participar en acciones humanitarias que no conlleven al uso de la fuerza, igualmente la Ley de Medidas Especiales Contra el Terrorismo, o la ley que aprobó la contribución financiera y humana en la reconstrucción de Irak, todas iniciativas para el desarrollo de políticas exteriores cooperativas bajo acciones pacifistas. En palabras de García, esta política es válida y próspera “ya que deja un amplio margen de flexibilidad muy útil y cómodo para los decisores de la política exterior japonesa, deseosos de tener un papel más independiente en los asuntos internacionales pero conscientes de sus limitaciones políticas estructurales” (p. 92).

Conclusiones

Japón ha experimentado un trayecto constante desde la Segunda Guerra Mundial hasta la actualidad en temas de seguridad y cooperación, ha tenido una transición de un país atado y castigado por sus acciones a uno que reconoce sus limitaciones y busca superarlas.

El proceso de pacificación experimentado en la segunda mitad del siglo XX ha tenido repercusiones más profundas que las diplomáticas y militares, ha penetrado la cultura japonesa, influenciando la concepción de la guerra por parte de la población y ha alimentado la evolución de las políticas militares de la nación.

La alianza Japón – Estados Unidos no parece tener un fin cercano, de hecho, presenta una transformación favorable para las partes. Estados Unidos ha respondido a su Tratado de Mutua Cooperación y ha permitido la participación de Japón en problemáticas mundiales a su nombre, mientras que Japón por su lado empieza a considerar la participación más activa en este tipo de dinámicas, incluso la modificación de su constitución, herramienta que hoy en día lo limita. Por otro lado, a la alianza también la beneficia la percepción asiática que tiene la misma, donde los países de la región ven esta unión como el enlace entre Estados Unidos y Asia para la contención de China como hegemonía de la región.

Finalmente, mientras Japón tenga el apoyo de Estados Unidos para su evolución militar, el avance será evidente y con ello la cooperación entre ambas naciones. Al país occidental le beneficia el empoderamiento de la isla bajo el compromiso de cooperación, sobre todo en momentos de tensión como los presentados en el momento. Es cierto que Japón está buscando otras alternativas pacifistas que no vayan en contra de sus legislaciones, pero el avance hacia una autonomía militar es inminente y la respuesta por parte de Japón no se va a hacer esperar.

>>>

Referencias

- BBC News. (2017, Mayo 01). Japan sends biggest warship to protect US supply vessel. Consultado mayo 14, 2017, de <http://www.bbc.com/news/world-asia-39768110>.
- Berger, T. (1993). From Sword to Chrysanthemum: Japan's Culture of Anti-militarism. *International Security*, 17(4), 119-150. doi:10.2307/2539024.

- Channel News Asia. (2017, Mayo 03). Abe announces plan to revise Japan's pacifist charter. Consultado Mayo 10, 2017, de <http://www.channelnewsasia.com/news/asiapacific/abe-announces-plan-to-revise-japan-s-pacifist-charter-8814872>
- Goh, E. (2011). How Japan matters in the evolving East Asian security order. *International Affairs (Royal Institute of International Affairs 1944-)*, 87(4), 887-902.
- Hara, K. (2001). 50 Years from San Francisco: Re-Examining the Peace Treaty and Japan's Territorial Problems. *Pacific Affairs*, 74(3), 361-382. doi:10.2307/3557753.
- Henshall, K. G. (2012). *A history of Japan from stone age to superpower*. London: Palgrave Macmillan.
- Miller, J. (2011). The Struggle to Rearm Japan: Negotiating the Cold War State in US-Japanese Relations. *Journal of Contemporary History*, 46(1), 82-108.
- Packard, G. (2010). The United States—Japan Security Treaty at 50: Still a Grand Bargain? *Foreign Affairs*, 89(2), 92-103.
- Ryall, J. (2017, Marzo 05) Japan's new drive to rewrite constitution amid North Korea threat 03.05.2017. Consultado mayo 11, 2017, de <http://www.dw.com/en/japans-new-drive-to-rewrite-constitution-amid-north-korea-threat/a-38672296>
- Segura, C. (2006). Seguridad humana y política exterior japonesa: Contexto, concepto y aplicación. *Revista CIDOB D'Afers Internacionals*, (76), 79-95.
- Smith, S. A. (2016, Julio 28). Early Postwar Attitudes on Constitutional Revision. Consultado mayo 01, 2017, de <http://blogs.cfr.org/asia/2016/07/28/early-postwar-attitudes-on-constitutional-revision/>
- Taylor, B. (2011). Asia's century and the problem of Japan's centrality. *International Affairs (Royal Institute of International Affairs 1944-)*, 87(4), 871-885.
- The Japan Times (2017, Abril 30). MSDF warship to escort U.S. supply vessel in first since security laws' passage. Consultado Mayo 09 2017, de http://www.japantimes.co.jp/news/2017/04/30/national/politics-diplomacy/msdf-vessel-sent-guard-u-s-ship-first-time-peacetime/#.WRI6ReU1_IW